

### Una madre

¿Hasta qué punto la lectura de una novela pudo transformarla? La pregunta flotaba en el aire mientras sus dedos rozaban el lomo del libro.

Un aire frío y húmedo entraba desde el exterior. El fondo de la piscina estaba cubierto de hojas y la mayoría de los azulejos se habían desprendido. Así, vacía, era como si nunca hubiera estado llena. Alrededor de esta, donde un día hubo un césped cuidado, ahora solo crecían hierbas silvestres. Cerró la ventana del dormitorio y contempló la fotografía antes de guardarla en la maleta. Aunque el cartón estaba doblado por el borde, la imagen permanecía intacta. Intentaba capturar un último recuerdo de ese verano lejano y feliz. Sus tres hijas corrían juntas hacia la piscina. La cámara había captado un momento único, sin falta alguna. La silueta de la mediana se interponía delante de la mayor, apenas se veía sobresalir su cabeza. Y la pequeña corría al lado, pero separada de las demás. Por detrás, el columpio se veía pintado a medias, de amarillo y verde. Al fondo, la cancela abierta.

La decisión estaba tomada.

Tres meses atrás, la mujer había quedado con su hija mayor. Ese día se citaron, como de costumbre, en el café-librería del centro de la ciudad. Un espacio que invitaba a la charla distendida y a la reflexión. Para la madre era, además, un lugar en el que podía olvidar por unas horas la realidad del hogar. El local contaba con dos plantas, en la de abajo estaba el café y parte de la librería y en la de arriba el resto de los libros.

Se sentaron en una mesa junto a una ventana. La calle estaba bastante concurrida.

—Voy a pedir —dijo la hija—. ¿Una menta poleo?

La mujer afirmó con la cabeza. Mientras esperaba miró alrededor. Le complacía el estilo industrial de la librería, le gustaban los conductos de chapa metálica de la ventilación. De haber podido, habría estudiado Diseño de Interiores. «¿Qué ha sido de mí?», se preguntó exhalando un suspiro.

—¿En qué piensas? —interrumpió la hija—. Estás como en otro lugar.

—Hace tiempo que no sé dónde estoy, la verdad. Fuiste la última en irte, y no me hallo desde entonces. La casa se me viene encima y tu padre...

—Entiendo, ya hemos hablado de eso muchas veces y sabes cuál es mi opinión. Pero tú pensaste que seguir era...

—La mejor opción.

La madre se quedó unos instantes mirando la infusión. Pese a que el día era cálido, disfrutaba de una tisana caliente. La hija le entregó un libro.

## SINJANIA. CURSO DE ESTILO 2025. EJERCICIO 2. PISCINA

—Lo acabo de terminar. Te gustará.

La mujer lo abrió y leyó para sí: «Todas las familias dichosas se parecen, y las desgraciadas, lo son cada una a su manera». ¿Qué tipo de familia era la suya?

Los días siguientes transcurrieron entre los quehaceres cotidianos y la lectura de la novela. Cada vez que pasaba una página, sentía liberarse de una parte de su propia historia, de aquello que la lastraba y le impedía tomar una decisión. Ya era mayor, sí. Pero no tan mayor, recién había comenzado a cobrar la jubilación.

Una tarde del mes de octubre, la hija mediana la telefoneó.

—Hola, mamá, ¿qué tal estás?

—Como siempre. ¿Por dónde andas esta vez?

Hubo un silencio al otro lado de la línea que a la mujer le pareció demasiado largo. Era evidente que a su hija le incomodaba la visión que tenía de ella.

—He conocido a un chico y me gustaría presentártelo.

—¿Otro, hija?

—¿Por qué me juzgas de esa manera? ¡Deja que viva mi vida!

La madre permaneció callada. Su mutismo era más cortante que cualquier reprimenda.

—Necesito dinero.

—¿Ya has gastado el del mes pasado?

—¡Está bien! Veo que no puedo contar contigo —contestó la hija y colgó.

La mujer respiró hondo. Estaba acostumbrada a los desplantes de su hija. Un nudo de hastío se apretó en su pecho. Ya estaba cansada de cuidar de los demás. ¿Cuándo le iba a tocar a ella? Para su hija no era más que una madre. ¿Y dónde quedaba ella como persona, como mujer?

Al igual que la protagonista de la novela, en esos momentos deseaba tener un amante con el que fugarse de su vida triste y marchita. «Mirada y sonrisa revelaban abundancia de energía reprimida... Aunque el fulgor de los ojos quería ocultarse, no por eso la leve sonrisa de los labios descubría menos el fuego interno».

El personaje de la historia había caído en desgracia por elegir a su amando. Era una época en la que el divorcio no era bien visto por la sociedad y, menos aún, por motivos de adulterio por parte de la esposa. En su caso, no había un tercero, sin embargo, compartía con la protagonista la ausencia de amor hacia el marido. Ya hacía años que dormían en habitaciones separadas y hacía décadas que ya no estaba enamorada de él. Y no por nada, sino por todo. Por todo lo que no le había dado y por todo lo que le había quitado.

## SINJANIA. CURSO DE ESTILO 2025. EJERCICIO 2. PISCINA

Si echaba la vista atrás, los desastres se habían alternado solo con algunos instantes de felicidad. Hasta que las hijas se marcharon cada una por su camino.

A principios de noviembre, se citó con la hija pequeña. Fueron al parque a dar un paseo. Era domingo. El único día que libraba su hija.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó la madre al entrar en el parque.

La hija no respondió de inmediato.

—¿Estás bien? Se te ve preocupada por algo.

—Las ventas han bajado, mamá, ahora hay muchos locales similares en la zona y también están las grandes superficies. Todo era distinto cuando papá y tú teníais la tienda.

—Ya, hija, pero menos es nada, ¿no?

Calladas, continuaron paseando. La mujer se cerró el abrigo y disfrutó del verdor del paisaje. Caminaban junto a un estanque. Y podía oírse el zambullido de las aves acuáticas.

—Tengo una buena noticia —dijo la hija rompiendo el silencio. Ante la actitud de espera de la madre, prosiguió—: Estoy embarazada.

—¡Qué alegría, niña!

Madre e hija se abrazaron.

La mujer sintió el regocijo inicial de la noticia. ¡Iba a ser abuela! Aunque, a la par, se dio cuenta de que su hija tampoco reparaba en su vida. A nadie parecía importarle su desdicha. Era como si ella misma, igual que la protagonista de su novela, hubiera caído en algún tipo de desgracia. Era invisible o, tal vez, ignorada. Se abrazó a su niña con fuerza, tratando de encontrar un consuelo que no llegó.

Esa noche, retomó la lectura. «"¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Por qué?", musitó, haciendo un esfuerzo para echarse hacia atrás. Pero una masa enorme, inflexible, la golpeó en la cabeza y la arrastró por la espalda». Desconocía por completo el desenlace del personaje principal. Y al leer el trágico final, cerró el libro y se cubrió el rostro con las manos. Permaneció así unos minutos, quizá segundos. El tiempo se quedó congelado en una mezcla de sentimientos que no supo identificar. ¿Era tristeza? ¿Indignación? ¿Ira? Cogió el cojín sobre el que reposaba la espalda y se lo acercó a la cara. Silencio un grito ahogado.

Hasta que las palabras de la novela activaran algo dentro de ella, vivía con el sentimiento de una vida no realizada. Una existencia mutilada. Esa quemazón estaba ahí. Sin embargo, la familia siempre había sido su prioridad. Separarse no era una opción en sus circunstancias. ¿A qué trabajo podría haber aspirado ella? ¿Se habría hecho cargo el padre de las niñas o, una vez roto el hogar, el padre habría desaparecido?

Llevaba dormida una eternidad y experimentó algún tipo de despertar.

## SINJANIA. CURSO DE ESTILO 2025. EJERCICIO 2. PISCINA

A pesar de que el otoño se había hecho esperar, el mes de noviembre llegó frío y lluvioso. Una tisana caliente le apetecía más que nunca. Acabó de doblar la colada, se acomodó en el sillón y siguió con la novela. El autor había continuado el libro, en ausencia de la protagonista, con el resto de los personajes. La vida sigue, esa es la realidad. No miró el reloj. Tenía que preparar el almuerzo, pero estaba tan entusiasmada con la historia que continuó leyendo hasta el final. Durante un rato, la reflexión sobre Dios y el sentido del bien dio vueltas en su cabeza.

Seguía tan concentrada en el desenlace del libro, que no había oído que el marido le estaba hablando, más bien gritando, desde la planta baja.

—¿Qué dices? —contestó malhumorada

—¿Qué hay hoy de comer? —preguntó el marido, en voz alta, desde el hueco de la escalera.

—No he preparado nada.

—Últimamente, ni para preparar la comida estás.

—¡Así es! —exclamó la esposa—. ¡Prepárate tú de comer por una vez! Se acabó. ¡No quiero más esta...!

La mujer guardó la fotografía de sus hijas dentro de la maleta y la cerró. Después se dirigió al salón y echó un último vistazo a la estancia: la mesa rectangular del comedor y las cinco sillas, los muebles color salmón y el sofá cheslón en la zona del salón. Las lámparas de diseño de ambos espacios, la chimenea de leña...

Hizo un esfuerzo por retener la imagen de un hogar que ya no le pertenecía. Después, sujetó con fuerza la maleta, cogió las llaves del coche y se marchó.

Una madre y una, dos, tres hijas... Tres hijas, dos, una y una madre.

**Cristina R. Yebra**